

GOTTFRIED BENN

O LA REALIDAD DESPEDAZADA

Ambos conceptos, el de la realidad despedazada y el de la realización artística, son cardinales en Gottfried Benn.¹ Caracterizan un concepto entrañado en la conciencia del hombre moderno, del que es dechado él mismo, a su manera. Para esclarecer con más fina luz el asunto, para alcanzar mejor la significación verdadera de estos conceptos, voy a retrotraer en algo el punto de partida.

Uno de los más trascendentales documentos de la literatura moderna, nuncio y exégesis a la par, es la "Epístola de Lord Chandos" de Hugo von Hofmannsthal, con la data del año 1901. Se trata de una carta ficticia, que, según el propio Hofmannsthal nos advierte, escribió Lord Chandos a su amigo Francis Bacon para "disculparse de su total renuncia a la actividad literaria". Bajo esta máscara histórica se revela una nueva conciencia: la de ese sentimiento de la realidad que cobrará forma y textura en tantas creaciones del arte moderno contemporáneo. "Mi caso, en dos palabras" —dice el fingido autor de la epístola— "es el siguiente: se me ha hecho completamente imposible pensar o hablar con conexión sobre cualquiera cosa". Y añade: "Los términos abstractos de que la lengua ha de valerse para emitir un juicio, una opinión cualquiera, se me deshacen en la boca como mohosas setas". Luego dice: "Todo se me despedaza en partes, las partes en partes a su vez y nada se deja ya engarrar en un concepto. Los distintos vocablos fluyen en torno trastrocados en ojos que me miran y a los que yo tengo que mirar: son como torbellinos, doblarme en su contemplación me da mareo". Y giran sin pausa y a su través se entra en el vacío".

Nos situamos, pues, ante bien curiosa experiencia: el habitual nexo con la realidad ha sido perturbado y el lenguaje, sencillamente, falla. Entre palabra y objeto parece no existir ya ninguna relación. Los conceptos no logran asir ya nada de la realidad, los términos abstractos se deshacen como setas mohosas. Ciertamente Hofmannsthal permite que su Lord Chandos nos informe aún con perfecta coherencia sobre su incapacidad de pensar conexamente. La experiencia se nos brinda sólo como idea; aún no ha cobrado realidad y estructura propias. Esto sólo ocurrirá en un autor más joven y sólo en su labor postrera: en el estilo montaje de las últimas creaciones

(1) Poeta y pensador alemán contemporáneo (1886-1956) de gran influencia en el expresionismo. Poesía, ensayo, crítica social.

en prosa de Gottfried Benn. Todos los nexos objetivos, lógicos y convencionales, quedan aquí destruidos. Aparece el mundo hecho añicos, como un barroco cúmulo de absurdidades, convertido en puro material para el artista, que con él emprende su juego, sin más. Se pone en movimiento una arrolladora opulencia de material heterogéneo con el través más liviano, con aire de danza, diríase. En intuitivas figuraciones, siempre renovadas, se nos brindan el panorama compendiado y el primer plano repentino, la compenetración evidenciada de lo separado en el espacio y en el tiempo, la visión que traspasa hasta el fondo por modo de alusiones y menciones disimuladas y un constante y raudo salto de perspectivas. El movimiento cambia de tonalidad y grado de realidad con tanta despreocupación, con tanta holgura como los objetos mismos, es discontinuo y tiene, no obstante, flujo arrebatador; es un *continuum* de fragmentos, una divagación sin desarrollo, ni finalidad, ni resultado, que, no se sabe cuándo, cesa en forma impresionante.

La experiencia de la realidad demolida que se convierte aquí en estilo, muestra en Benn, por lo pronto, una más radical fisonomía que en el Lord Chandos de Hofmannsthal al presentárenos como un enajenamiento del mundo habitual o de la visión que de él poseemos, con un final de grave parálisis y apatía. Es esta la fase de los primeros trabajos en prosa, los de 1915/16, las novelas cortas "de Rönne", así llamadas por tener todas como figura central al joven médico Werff Rönne, que hasta en el detalle biográfico y con pasmosa exactitud, es trasunto fidelísimo de la figura del joven médico Dr. Benn, pero que se nos presenta hasta tal punto en proyección, a tal extremo enajenado y desplazado, que es posible mostrarle y exponerle como ejemplar personaje en una serie de situaciones en su vez ejemplares. Los distintos trozos del complejo Rönne se asemejan entre sí como los distintos experimentos en una serie de experimentos con los que prueba y prueba Benn la posibilidad, la dificultad y la imposibilidad de vivir en el mundo que nos es dado. El doctor Rönne, la figura de su test, es incapaz del más simple y cotidiano hacer. Le falta en absoluto la natural holgura en el comportarse y en el pensar. Hacer un comentario marginal en una charla de sobremesa entre colegas, saludar a un conocido con quien se encuentra en la calle, es algo

que le exige un esfuerzo tan doloroso que le anonada. O si quiere hacer el breve viaje entre Bruselas y Amberes, la sola idea del proceso de su realización le saca de quicio.

Como Benn lo formula, Rönne "no posee ya una psicología de naturaleza continua", las normas generales del pensar y el comportarse, los hábitos que se deslizan lubricados por la reiteración, son en él algo que se ha destruido, situándose así "ante el suceso de la honda extrañeza entre el hombre y el mundo, la del mito arcaico, la sin vallas, sin fronteras". El mundo ya no se le aparece como un nexo armónico que a él se subordina, no: está ahí, frente a él, para sí mismo, sin razón, sin motivo, insensatamente. Es, como Benn dice, "el flagelante de las cosas, pura vacuidad sustantiva". Lo cotidiano le sorprende, se le convierte en inclusivo lo inane. Es presa del terror de los detalles sin sentido en que se despedaza su mundo. Le acosan en pura factualidad y derivan al absurdo.

En semejante mundo de escombros no puede mantenerse ya, pues en él nada se refiere a nada. Pameelen —figura paralela de Rönne— hace memoria y declara:

"Conocí a un señor, me lo ha contado él mismo, consultó su reloj y le vino la idea de un breve decreto del gobierno sobre el papel moneda y la moción Bayard. ¡Feliz aquel señor! ¡Ah, si estuviera aquí! Porque podría ayudarme".

El mundo del señor aquel permanece, pues, intacto, simple nexo recorrido en el que es posible moverse con pasmosa despreocupación. A él se ligan las cosas y lo uno se refiere a lo otro, lo que otorga a su vida continuidad. Rönne, a quien todo esto se le ha roto en pedazos, quiere participar de nuevo en ese transcurrir y sobre la base de puros detalles contingentes intenta reconstruir la perdida conexión de la realidad. En su relato "La conquista" quiere ganar una ciudad extraña y para ello intenta colmar de realidad, de intensidad todos los detalles con que tropieza. "La solución del problema de la vida se nota en la desaparición de este problema", dice Ludwig Wittgenstein. Para Rönne la vida se hace problemática cabalmente porque las viejas soluciones del problema para él pierden su efectividad. "¿Cómo vivir, simplemente?", pregunta. Es la interrogante de todas las épocas de crisis, justamente cuando la cultura, la sociedad en que se existe no dan ya respuestas aceptables. Nietzsche caracterizó el arri-

baje del nihilismo europeo como una desvalorización de los sumos valores. "Falta la finalidad, la meta, la respuesta al por qué". Esta situación es por Benn esclarecida con intuición prodigiosa. En su ensayo "Irracionalismo y medicina moderna", de 1931, pone en trance de grave crisis de conciencia a un médico. Situándole frente a los casos y más casos de sus pacientes, le hace preguntarse por qué ha de sanar a tipos humanos así, para qué prolongar su vida. ¿Tiene ya sentido vida semejante? Con todo el empaque de su retórica, expone Benn todos los motivos con que aún argumenta el médico para seguir sirviendo a la sociedad humana.

¿Tenía sentido para el humano problema mantener al individuo racionalizado en la envoltura corporal no desintegrada aún durante tres días, acaso, digamos tres meses, mientras tras él la época no mostrara otra cosa que caballos de fuerza, utilidades, calorías de trabajo, reflejos intestinales, goce glandular? ¿Tenía sencillamente importancia histórica atender y sanar físicamente al hombre occidental con inyecciones, ungüentos, vendas, con métodos sugestivos encima, cuando en el fondo se mantiene rígida la misma y siempre la misma ideología putrefacta del positivismo utilitario de los favoritos del progreso, esa traqueteada y vacua himnología sin remedio que les acolcha y cuida y acompaña, con duchas nasales e irrigaciones nutritivas desde la cuna al hoyo?"

El vital suceso, la entrañada experiencia del enajenamiento de Rönne, se ha convertido, frente a la sociedad, en repulsa consciente. No puede convivir ya en el medio en que sufre. El médico del posterior ensayo le vuelve la espalda: "... ¡lejos de esta atmósfera... de este método, de este modo de pensar! Caiga el caos sobre ello, caigan el derrumbe, la maldanza sin alivio y todo el pánico de la agonía".

¿De dónde llega este odio que tantos testimonios acumula en la obra de Gottfried Benn y pone en tacto de procesión, de nuevo siempre, el salterio vivo de su retórica y pone irritación incurable en el surco de su pensamiento? ¿De dónde esta insuficiencia ante el mundo en que vive? Consideremos por lo pronto algunas de las teorías contemporáneas que influyeron en él poderosamente. La morfología de la cultura de Oswald Spengler, por ejemplo, según la cual son las culturas grandes organismos con vida que recorren un ciclo evolutivo de unos mil años y que tras la ma-

durez y el florecimiento acaban en la fase senil de la civilización, en la época del pensamiento emancipado, ya sin sustantividad, de la esterilidad, de la fuerza creadora extinta; en la era de las grandes urbes y las informes masas, de las jerarquías caducas y el régimen cesáreo y de la barbarie finalmente. Este es el grueso trazo del cuadro de la civilización occidental que concibió y alumbró Spengler después de la primera guerra universal, con fenomenal éxito de público y que también a Benn impresionó profundamente. Muy afin con lo anterior es la pauta de esa filosofía de la vida que presenta al espíritu como contrario del alma, según se formula más tarde en la variante del pesimismo cultural de la filosofía de la vida de Ludwig Klages, tan entusiasta en su origen, incluso impetuosa al "estilo juvenil". Pero ya en las primeras versiones de la filosofía de la vida la torsión pesimista se crispaba visiblemente. El espíritu, más exacto, la *ratio* o el intelecto emancipado, fueron concebidos como fuerza antagónica de la vida animada, es decir, de la vida del alma, de la psique, y como algo tan sólo apto para pensar un mundo muerto del espacio que interrumpe el incesante fluir de la vida, y que, tan pronto como predomina y se impone, acaba paralizándole.

A punto se estuvo de transformar esta antítesis, por mental elaboración, en drama universal histórico, con desolación y muerte como desenlace, tal como más tarde ocurrió con Ludwig Klages y otros.

Como explicación, Benn arregló aún el cuadro con una teoría biológica según la cual el volumen del cerebro del hombre aumenta en el curso de la historia, nueva prueba anatómica, por lo tanto, en el haber del pesimismo cultural: la humanidad iba a morirse de pura cerebración.

Curioso, en verdad, el tono pesimista de estas teorías, la inequívoca estimación negativa de tales procesos, que alguna vez habría que considerar seriamente si en serio realmente ocurren. Pues puede imaginarse muy bien una valorización a la inversa, puede imaginarse que se reciba con júbilo el desarrollo intelectual y el avance de la ilustración, la racionalización de la vida y el progreso técnico y que se pongan en ellos grandes esperanzas. En el siglo XVIII, incluso en el XIX, en el que por cierto hay grandes ejemplos de pesimismo, tal optimismo era el tono imperante. Puede afirmarse sin hesitación que la gran

cesura y la fatal guiñada en el viraje vinieron con el magno suceso de la primera guerra universal. Aquí, en la batalla del material de guerra, en el exterminio de grandes masas, metódico, racionalizado hasta el detalle más mínimo, diríase que, de pronto, la moderna civilización técnica se arrancó el velo y descubrió un semblante de muerte.

Hay que leer el ensayo de Gottfried Benn titulado "El moderno yo" (1920), una prosa que adopta el estilo de discurso dirigido a estudiantes de las ciencias naturales:

"Colegas, señores que os proponéis estudiar medicina, conmillones prontos a investigar en el campo de las ciencias naturales, jóvenes que en las horas libres habéis leído con emoción "De la naturaleza y el mundo del espíritu" de Teubner y los libritos de Götschen, señoras y señores, juventud toda que ingresa en laboratorios e institutos dispuesta a arrancar la venda de Sais, quisiera sembrar la desconfianza en vuestros corazones contra la palabra y la obra de vuestros maestros, el desdén más profundo hacia el parloteo de cincuentones barbudos que el Estado recompensa y ampara, busca hacia esa faena que en una creación verdadera no creyó jamás.

Algunos entre vosotros llevan un ojo de cristal, otros el brazo en cabestrillo, casi todos habéis estado en la guerra. Tras años de fango, tras años de Ypres, tras tardes de cine a retaguardia una vez cada seis meses, tras noches en que las ratas os devoraban la mancha de grasa en la guerrera y las migajas de pan en las comisuras de los labios, tras todo eso, ahí estáis temblorosos, ávidos de lo que os reservó el espíritu".

Se ve bien adónde va a parar. El espíritu de las ciencias naturales no había reservado, para estos estudiantes, nada que no les hubiera dado ya cabalmente: a ellos, los mutilados de la guerra, los que llegaban de la guerra, aquella colosal exhibición, aquel monstruoso artículo de la técnica más refinada.

"Ya visteis qué neumáticos y qué catalejos de prismas: ¡de primera, no hace falta decirlo! Y qué ocasión para exhibirse: la química completa, los viveres, los gases también. ¡Vaya un vivir y un tejer en las artes de la técnica, tiras y tiras de tubería autógena bajo el agua, qué macizo progreso, desde el obús en abanico a la granada de lidita!

Allí se había juntado lo de este siglo de lo

real y efectivo, de los grandes conocimientos, en el que el espíritu creó la estadística y el control de la orina, donde la papeleta subió y la creación bajó, donde se nombró profesor ordinario al que dominaba el asunto de las fosas nasales y presidente de congresos al que había visto tres granitos y el que se sentaba a su lado sólo había visto dos, donde no había una sola casa en una sola calle en que no viviera un hojalatero de dentaduras o un abogado de patentes, un urólogo o un geodesta ... para la conquista del planeta y el dominio del mundo".

Dije que el suceso de la primera guerra universal es la cesura históricamente aprehensible, el espacio del cambio de tono, donde se pasa del optimismo del progreso al pesimismo de la cultura. Mas con ello queda muy sensiblemente mermada la polémica de Benn, localizada con exceso. Algo más anda aquí en juego. También la referencia a la guerra universal como una demasia de la técnica es sólo un ejemplo dentro de una más general acusación. No sólo se muestra asesino semejante mundo: se muestra, sobre todo, lastimosamente banal. Por modo sorprendente ciencia y mentalidad pequeño-burguesa son vistas como idéntica cosa. Ciencia es la plausible clave práctica —útese de tal modo— por la que el hombre medio agarra al mundo por el asa, el cálculo para el éxito, que para, que detiene el golpe del destino, excluyéndole; el conformismo de los espíritus inferiores, su legislación contra lo extraordinario, contra lo imprevisible, contra la creación espontánea, que en un mundo determinado y ya disponible, no pueden, ni deben producirse. Ciencia es la perfecta expresión del espíritu de la civilización moderna, que, contra la excepción y para dicha de los más, ha erigido un mundo cómodo y seguro, banal y razonable. Ha erigido el monumento causal, mecánico, del mundo, la gran tragamonedas automática en la que el materialista introduce su calderilla.

Ya en las novelas de Rönne está esto, está la protesta contra la creciente profanación del mundo por el proceso de la ilustración. Que Rönne, quien, por recurso a los métodos efectivos de la razón procura apropiarse la realidad de sus contemporáneos sin que en la demanda obtenga otra cosa que un misero haz de hechos, esto mismo evidencia, con sesgo irónico, que la creciente racionalización ha asolado la realidad sin duelo. El mundo ya

es sólo mundo factual. La trascendencia es algo extinto. Ningún ser de categoría excelsa es posible, ninguna forma universal oficia ya el mundo como analogía de una celestial Jerusalén o como trasunto del reino de las Ideas. La materia se ha emancipado de lo absoluto. El mundo de graduación, articulado espiritualmente, es como una mohosa seta hecha pedazos, y según Benn lo formula, ha dejado el "caos naturalista" como estela. Y ya está la cancha libre para los científicos, para los técnicos, para los políticos y para los activistas de todo jaez que ponen fin al despedazamiento de la realidad en "asonada concretista por el botín, a través de las singularidades". En el ensayo "Después del nihilismo" (1931) habla Benn aún más claro sobre el proceso de profanación:

"El hombre es bueno, su carácter racional y todos sus sufrimientos pueden combatirse higiénica y socialmente. Esto por un lado. Y por otro, la creación es accesible a la ciencia. De estas dos ideas vino la disolución de todos los viejos vínculos, la destrucción de la substancia, la nivelación de todos los valores, y de esto, a su vez, la situación interior que parió semejante atmósfera en la que todos vivimos y de la que todos bebimos hasta la amargura, hasta las heces: estoy hablando del nihilismo".

"La disolución de todos los viejos vínculos, la destrucción de la substancia, la nivelación de todos los valores", he aquí el vocabulario de la crítica conservadora de la cultura. La polémica de Benn es una rebelión contra el mundo moderno, una querrela contra lo que él cree rapidísima pérdida de rango de la vida humana, contra la orientación de la vida en el sentido del hombre medio que quiere vivir "bon" y "propre" y nada más. La vida como fin en sí misma, la mera vida socialmente organizada, civilizada y cómoda, ese residuo del derrumbe de todos los contenidos metafísicos y todas las míticas visiones, le parece insensata, inane, sin valor alguno. En su perspectiva es el nihilismo puesto en práctica. De ahí la reiteración con muerte y enfermedad, con la catástrofe, con el golpe del destino. Es un intento para que el raso, estratificado hombre medio se acuerde del oscuro fundamento de la existencia y para molestarle un poco en su muelle satisfacción. Comprueba que el hombre no lleva ya nada dentro.

"El hombre tiene preocupaciones alimenticias, preocupaciones familiares, preocupaciones por

salir adelante, ambición, neurosis. ¡Pero esto, en sentido metafísico, no es contenido ya!" Con tajo polémico añade aún: "No queda ya, sencillamente, un hombre: sólo quedan sus síntomas".

En realidad confesándose, Gottfried Benn se ha referido, en una ocasión, a su "fanatismo por la trascendencia". He aquí una formulación bien característica. Aspira a una sublimación de la vida, quiere verla obligada a lo absoluto y por eso no sabe instalarse en el mundo que le es dado y a ello se debe que sólo sienta la decidida terrenalidad de los materialistas, que no es trascender la vida lo que quieren, sino hacerla razonable, agradable, y que interprete esto como pura catástrofe y despedazamiento, como un deslizarse por la pendiente de lo necio y banal.

¿Para qué sanar a semejante tipo humano?, se pregunta el médico en el ensayo "Irracionalismo y medicina moderna". ¿Para qué dejarle de nuevo apto para la faena? Esa vida carece ya de substancia, de valor, de sentido. La posición de Benn es de clara ambivalencia. Lamenta la pérdida de rango de la vida, pero la subraya, la exagera, se obstina en recusar toda pretensión de vigencia al mundo que le rodea. Sufre del "nihilismo puesto en práctica" por sus contemporáneos, pero le blande a su vez, hace uso de toda la intensidad de su estilo para desvelar y poner al desnudo la situación nihilista cabalmente y completarla y afirmar, con incansable reiteración, que el hombre carece ya de substancia, de contenido. Si Dios ha muerto, como Nietzsche pretende, o si se ha ocultado tras un telón impenetrable y el nexo trascendente se ha perdido, como Benn nos dice, entonces es que ya sólo queda el caos naturalista, que no hay ya contenidos que obliguen y que debemos darnos cuenta de la situación sin intentar disimularla con la cortina de humo de ideologías sucedáneas. La idea de la humanidad, la fe en el progreso, las teorías sociológicas, para él todo esto no es otra cosa que sucedáneo, mistificación de la substancia, cosa, en fin, a la que no otorga validez alguna. Es trampa todo para ocultar el vacío del existir, y contra ello se revuelve, rabioso, radical, a grito herido, para hacer así visible, patente, tamaña vacuidad. Que sea incapaz de dominarse se explica por su irresistible querencia de absoluto, por su fanatismo de la trascendencia.

Pero el total enajenamiento, el desprendimien-

to irrestricto, se evidencian no sólo con el carácter de una experiencia intelectual: cobran el elemental envite de singularísima perturbación en la conciencia de la realidad, que acaba en la pérdida de contacto. En su autorretrato "Vida y jornada de un intelectualista", nos dice el propio Benn:

"En la guerra y en la paz, en el frente y en la etapa, como oficial y como médico, entre mercaderes y excelencias, ante la célula del caucho y la celda de la cárcel, junto a los lechos y los ataúdes, en el triunfo y en el desastre, jamás me abandonó el "trance" de que semejante realidad no exista. Un modo de concentración íntima, enrañada, ponía en juego su resorte, un sentirme reclamado desde secretas esferas del enigma. Y lo individual entonces se abatía y una estrato primario se mostraba, aparente, aparecido, opulento de imágenes, desbordado, pánico".

El mundo interior y el exterior se enfrentan, pues, con inmediato antagonismo. El menoscabo, el empobrecimiento del mundo exterior es compensado por la riqueza de una intimidad fantásticamente colmada. También con esta experiencia se relacionan teorías contemporáneas. Ante todo la del inconsciente colectivo de Karl Gustav Jung, la tesis de que toda la "masa" de experiencia de la línea de antepasados humanos y prehumanos sedimenta en la estructura cerebral de cada individuo y que esta masa de experiencia, fuste primigenio de la psique, puede aflorar en la superficie consciente, reaparecer bajo la forma de imágenes elementales, primarias, en estados de intensidad consciente atenuada, en el sueño, en la embriaguez, en ciertas enfermedades mentales. Otras teorías convergen aquí. La especulación del paleontólogo Edgar Dacqué, por ejemplo, que atribuye al género humano, en contradicción con las doctas opiniones de la ciencia, un pasado de milenios y milenios, una fabulosa prehistoria en continentes sumergidos como la Atlántida y Gondvana. Y también la teoría de Erich Unger, según la cual las fronteras de nuestra realidad sólo son fronteras de nuestro sistema de experiencia y que por recurso a la experimentación con la propia condición física, con su disposición, pueden provocarse nuevas experiencias y que tal experimentación no sería otra cosa, al cabo, que una experimentación con la realidad misma.

Todos los milagros, todos los secretos de los lapsos mágicos de la prehistoria, están ahí, a la mano: sólo hace falta conjurarlos para

que surjan y la putrefacta realidad se desmorone y se produzca otra realidad más real y vivida que el factual mundo de fantasmas del positivismo, pues, ¿no se revela, al fin, la realidad por la opulencia, por la intensidad, por la hondura? ¿Y no es, a la postre, cuestión única de la substancia humana? Entre los "tipos humanos ya incapaces de manifestación substancial" y su "exigencia de actualidad dispuesta a la interrupción diaria, a la cotidiana ruptura", el poeta diríase el extraño, el forastero, el extemporáneo. Es el órgano del arcaico fundamento de la fantasía humana, es el solitario "para quien la vida toda sólo es la voz que desde lo profundo clama, desde una vieja y temprana hondura, y para quien todo lo transitorio sólo constituye el similitud del suceso primario desconocido, que en ello busca hacer memoria y recordar". Así se expresa Gottfried Benn en su ensayo "Contribución a la problemática de lo poético", trabajo que nos lleva a la entraña del conocimiento que de sí mismo hasta entonces había alcanzado. Ampliación, es decir, magnificación arcaica del yo y descarga de sus reservas interiores: así ve ahora el proceso del hacer poético. Al cuadro se añaden otras experiencias. Por las patografías de hombres geniales debidas a Lange-Eichbaum y Kretschmer, averigua hasta qué punto el genio va ligado a cualidades bionegativas. El genio es, pues, el estigmatizado, al margen de la sociedad, que es la "granja económica de la salud", como la ciencia es una "especie de seguro de la continuación imperturbada del curso de lo placentero y muelle de la vida individual". El genio lleva el patíbulo en los huesos. Sus heridas, las visibles y las invisibles, son la irritación, el desafío y el deber de trascenderse. La anormalidad, la enormidad del genio, es el experimento con cuerpo y alma, que se ha hecho habitual y en cuya virtud la substancia antropológica estremecida alumbra una segunda realidad.

Por 1930 el irracionalismo de Gottfried Benn toca su culminación. Inmersos en la noche del inconsciente colectivo, el poeta y el loco se han hecho intercambiables. El schamane, el mago presa del delirio es su común antepasado. A extremosidad tan grande hubo de llegar la zapa, el forcejeo en la brecha de lo informe, para en consecuencia dialéctica formular su confesión por la forma, al punto de que los trabajos de los años siguientes, el "Discurso a Heinrich Mann" y el "Discurso de la Academia" sobre todo, cobran realce

capital más cada día. Se afirma ahora el destino de la creciente cerebración. Es inevitable, no se le puede eludir: debe encontrarse una réplica creadora. Ahora el espíritu, que en la fase intermedia del nihilismo había hecho dejación de todos los contenidos religiosos e ideológicos, debe ser comprendido y afirmado como voluntad de forma, como pura fuerza constructiva que reduce la surgente substancia arcaica a formas concluidas en las que la realidad caída en el "caos naturalista" es de nuevo sublimada, traspasada de resplandores.

Y aquí —1933— se mete la política en el ordeno.

Sobre el comportamiento de Gottfried Benn en 1933 se ha escrito mucho, ha dado lugar a duros reproches y hoy mismo es tema de discusión. Klaus Mann,¹ uno de sus viejos admiradores, en una carta escrita desde el Midi francés, le pide explicaciones, le pregunta con quién está cabalmente en aquella hora. A seguido Benn, por su parte, se distanció de los emigrados en una carta abierta, diciéndoles que su concepto de la Historia y el Estado pertenecía al siglo XIX, que no comprendían la significación de los acontecimientos políticos, que lo que ocurría en Alemania era un viraje de naturaleza antropológica. Mas, ya en el verano de 1934 —lo más tarde— había reconocido su error. ¿Pero cómo fue este error posible?

Todas las consideraciones, todas las acusaciones que pretenden atribuir el comportamiento de Benn a raso oportunismo, a falta de carácter, quedan desvirtuadas ante el hecho, nada tranquilizador, de más inquietante raigambre, de que su comportamiento es perfecta consecuencia de su pensamiento. Para una revolución de izquierda no hubiera estado disponible. Para la zambullida en el colectivo pardo estaba dispuesto. Con su polémico mandoble contra lo político, social y humanitario, se había privado a sí mismo de las categorías aptas para definir como abominación, como desdicha, el atraco al poder de Hitler. Durante años, el mundo en que vivía, la República de Weimar, pues, o si se quiere, ya que tan a lo político no sabía pensar y polemizaba con vastedad mayor, generalizada, y en su caso ha de hablarse siempre de civilización moderna... durante años, decimos, había fustigado a este mundo con la amena-

za de "derrumbe, malandanza sin alivio y todo el páncro de la agonía". Y ahora... Ahora se acordó de Nietzsche, que en su día rastroó con avidez el olor de los bárbaros del siglo XX.

Ahora creía ver confirmada la profecía de Spengler, según la que necesariamente desemboca en un régimen cesáreo la fase final de la civilización. Ahora creía —para hablar a su modo— que de nuevo se maniobraba un avance de los substratos esenciales y que el espíritu, que en la fase intermedia del nihilismo había dado al traste con todos los contenidos tradicionales, se destaparía como pura voluntad de forma, como voluntad de poder y que con sus principios de disciplina, orden, severidad e implacabilidad, de nuevo ceñiría al caos naturalista y le reduciría al contorno de una forma magnífica. Durante años había combatido la politización del arte. Ahora estetizaba la política. El dictador, a su vez, no practica otra cosa que "l'art pour l'art", un arte "que no necesita ser apuntalado desde el flanco moral o sociológico". Representa, como el artista, el espíritu de la imagen del mundo imperativa, que nada quiere sino expresión, forma, trascendencia militante y ambos, artista y dictador, tienen su "tertium comparationis" en la implacable dureza frente a su material. Y aquí el hecho que nos corta el resuello casi: Benn convierte al Estado autoritario en imagen mistificada de la obra de arte, en "acertijo" donde ha de encontrarse el poder y así ya, al describir la obra de arte, descubrirá el poder en ella. Su principio (¿del arte?, ¿del poder?) es hacer del objeto algo irreal, consumir su extinción. El fenómeno, la apariencia, nada valen y no vale nada el caso singular, ni el objeto sensible: la expresión es todo y vale por todo y por todo valen la conversión, el sesgo, que dictan ley en estilo".

El formulismo que a él y a su generación se atribuyera, sería, dice, lo contrario, justamente, a saber: "el reconocimiento, en clara pugna logrado, de la cuasi posibilidad de un ritualismo nuevo, el cuasi religioso intento de trasplantar el arte, llevándolo de lo estético a lo antropológico, proclamándole por el principio antropológico abiertamente". En realidad hablaba sólo del arte. Tenía la esperanza o se hacía la ilusión de que estaba a punto de sonar la hora de su gran realización. Intentaba darle al acaecer este sentido. Pretendía ver realizada una visión de Nietzsche: encau-

(1) Hijo de Thomas Mann, escritor.

zar el ímpetu de la voluntad de poder por las vías de la voluntad de forma. Es decir: la sublimación del poder por el arte.

En el verano de 1934 se había esfumado el henchido, remoto sueño. Era evidetísimo que se había equivocado terriblemente. En agosto escribía a Ina Seidel:

"Vivo con los labios sellados, interior y exteriormente. No puedo seguir con eso. El último golpe me lo han dado ciertas cosas. ¡Espeluznante tragedia! Es como si nos hubieran anunciado "Fausto" y nos dieran "Los fogosos húsares" porque la troupe no daba para más. Qué grande empezó, qué pringoso y ruin parece ya. Pero la cosa no ha acabado, ni mucho menos".

Para él había acabado. Ya no se hacía ilusiones: derivó a una radical consecuencia. Concluyó que su error consistía en haber creído en una realización del espíritu en el mundo. En adelante mantiene el criterio de que espíritu y vida son dos esferas totalmente divorciadas, que la historia es un eterno proceso sin sentido en el que el espíritu creador no interviene para nada, en el que sólo se enajena a sí mismo, que esta convicción es la idea que acabará imponiéndose en el futuro y que sólo habrá dos tipos humanos: criminales y monjes.

También esta tesis es curiosamente exenta de realidad y sólo aceptable como la metáfora de una reacción. El "sin mí" interpretado, por el que aquí se introduce la figura del monje, aun inferido prácticamente como un rotundo no en forma de oposición, ha de llevar nuevamente a un anudarse con el hilo de la historia. La pregunta "¿cómo vivir, simplemente?", cómo vivir frente a la prepotencia y la demencia desnuda de los procesos colectivos que arrollan al individuo sin remedio ni esperanza, sigue siendo de aguda gravedad. ¿Vivir como mártir? ¿Pero como mártir de qué idea? ¿Y con qué perspectiva, ya que cambio, y mucho menos cambio a mejor, no parece posible en un mundo histórico concebido como algo sin sentido absolutamente? Benn encuentra otra respuesta: la doble vida. Irónico, dice ahora:

"La unidad de la personalidad es asunto cuestionable. Imagínese que el creador de la teoría de la relatividad diese expresión a dicha teoría en su vida privada o que a un investigador de la lengua sanscrita haya de irsele con sus jeroglíficos a la hora de la comida o que a un existencialista deba impedirle su filosofía jugar al hockey. Que muy activos

políticos se pasan las horas muertas de días enteros pescando con caña es cosa sabida. En 1914 tuve ocasión de ver en la Ópera Metropolitana al pequeño y barrigón Caruso, que se pasaba las horas libres de la tarde, no con mitos y misterios, sino con las cartas de la baraja, haciendo solitarios; y oí su voz de hermosura angélica, en verdad... ¡pura discrepancia también! O bien Rousseau, el aduanero, que, fiel a los estatutos, pegaba los marbetes en las maletas y baúles junto a la barrera giratoria... ¡y los domingos pintaba los bellos cuadros de loco! En una palabra: el pensar y el ser, el arte y la figura del que le hace, incluso la acción del hombre corriente y su propia vida, son esencialidades totalmente divorciadas. Si entre sí tienen algo que ver, habría que demostrarlo".

Parece intuible aquí una natural solución del dilema, solución vivida en general mucho tiempo hace. Para el hombre moderno, que no tiene problemas al establecer una diferencia entre profesión y vida privada, vida pública y vida íntima, la doble vida, como teoría y práctica, debería ser algo de todo punto evidente. Tolomeo, personaje de que Benn se vale para su demostración, dechado de la tesis de la doble vida, es dueño de un instituto de belleza, especialista, pues, en la atracción de clientela y en la apariencia por la belleza ungida. Tras una superficie exterior sabiamente pulida, lleva su juego espiritual. Es un modelo de existencia —flanqueado aquí de ejemplos abundantes— algo dudoso, pero en absoluto digno de fe. Presupone que el predominio está siempre de lado del mundo exterior y que sólo por artes de simulación, por la aparente aprobación y cooperación del que por fuera sigue la corriente, es posible reservarse una esfera propia de libertad. Presupone que no puede ya vivirse en una orientación general estable, que queda siempre rota, interrumpida, si a la historia hemos de creer. Y desde luego presupone que se carece de una idea general ultrapersonal, a la que sin reservas pudiera uno adherirse.

Nos acordamos de la doctrina luterana de los dos reinos: ahí el mundo, en el que todo ocurre muy mundanamente —criminalmente según Benn— y allá la directa ligadura con lo absoluto, en la que, para Benn, que sólo en vacía trascendencia puede ya pensar, se sitúa el arte. Hacer arte significa superar la realidad. El poema es una textura conclusa de sí misma, separable de su autor, estática y no sujeta a cambio, con lo que se

subtrae al flujo arrebatador de la historia. Ahora bien, diríase que, sin más, surge aquí un concepto del arte completamente nuevo. No es ya el arte un modo de percibir, no es reflejo ya de una realidad dada, coherente, con su línea y su sentido: carece, sencillamente de objeto y sólo tiene material, el material con que trabaja. Utiliza el montón de años

de la realidad despedazada juntando sus elementos, mezclándolos, combinándolos, reagrupándolos, maniobrando con ellos asombrosos "arrangements". El arte es un libre y severo juego del espíritu, la realización artística carece de sostén y garantía en la realidad, con la que hemos de atenernos a algo sin fondo, sin quicio, sin frontera.